



3 de junio de 2010

¿Qué nos trajo de nuevo el SIMCE?

Andrea Ruffinelli
Directora de Investigación, CIDE
Facultad de Educación, U. Alberto Hurtado

¿Qué nos trajo de nuevo el Simce? Más evidencia acerca de la profunda dificultad política que tenemos para tomar decisiones técnicas efectivas destinadas a que nuestros niños y niñas aprendan, y también nuevas iniciativas ministeriales para comunicar sus resultados. A la luz del reciente discurso presidencial del 21 de mayo no cabe menos que reiterar la inoperancia de varias de dichas medidas para lograr de verdad mejorar la educación chilena, y reconocer su alineación con las políticas mercantiles más ortodoxas, ignorando las contundentes señales que indican no solamente la inadecuación de las bases actuales de nuestro sistema educativo por cuestiones ideológicas, epistemológicas o éticas, sino también desde los sistemáticos malos resultados. Simplemente no funciona.

La autorregulación del 'mercado educativo' no está operando, y no puede operar, dado que las escuelas no son pastelerías. La pastelería que hace tortas malas termina mejorando su receta, para atraer clientes, o cerrando porque los vecinos del sector no le compran. Pero con las escuelas esto no ocurre. Las escuelas con malos resultados no desaparecen, ni mejoran, tienen su 'público cautivo', no hay consecuencias según la calidad de sus 'productos', no se sabe a ciencia cierta cuándo puedo considerar 'bueno' el 'producto', no hay alternativas reales para elegir, ni se garantiza la provisión de las 'materias primas' necesarias.

Así ocurre cuando los estudiantes migran de un colegio a otro: no suelen hacerlo en busca de mayor 'calidad educativa'. Sucede que hay una diversidad de factores que hacen de la escuela algo muy distinto a una pastelería. Las tortas no están garantizadas por la constitución, el derecho a la educación sí, por lo tanto se generan nichos variados para responder a esta exigencia, que en el caso de las tortas se resuelve sólo por oferta y demanda. Y si las tortas fuesen un derecho constitucional, probablemente tendrían un estándar mínimo, que obligaría a prepararlas sólo con determinados ingredientes, en un determinado proceso, y eliminaría por defecto a las malas pastelerías. Este estándar mínimo tampoco opera en materia educativa. Un ejemplo poderoso de la no funcionalidad de la autorregulación mercantil es el nacimiento de la Agencia de Calidad, con atribuciones para cerrar escuelas, asumiéndose así que el modelo no estaba operando, ni puede hacerlo.

Sin embargo, ¿cuánto podrá hacer esta Agencia si la total desregulación de nuestro sistema de educación superior ha permitido por lustros el egreso y titulación de profesores que han recibido una cuestionable formación, que son a su vez 'liderados' en sus escuelas por directores escasamente competentes? Se requiere voluntad política y acciones técnicamente fundamentadas para focalizar en la formación de los docentes, el fortalecimiento de la educación pública (la única opción de la gran mayoría de la población) y en el modelo de dicha administración de la educación pública, todos ellos focos que han sido reconocidos por la actual autoridad, y sobre los cuales urge operacionalización y acción, en lugar de invertir enormes esfuerzos en medidas orientadas a instalar todavía con mayor fuerza un modelo mercantil, promoviendo más la libertad de enseñanza que el derecho a aprender.

Esto hace el *Mapa* de resultados del Simce que se incluye en la carta a los padres, profundizando heridas al homologarse con el mapa de la pobreza en Chile, para mostrar a cada familia, tal como lo hace un aviso publicitario, los lindos productos que ofrecen en la tienda de más lejos, pero a los que yo no tengo acceso porque no tengo el dinero para comprarlos. Sabemos que en Chile los que eligen son exclusivamente los que pueden pagar, y las escuelas, y el *Mapa* muestra dónde 'invertir', sin considerar que la mayoría de los que lo recibirán no tienen posibilidad alguna de elegir, ofreciéndoles toda la gama de opciones a la que no pueden acceder, (sin considerar el grotesco reduccionismo de homologar resultados Simce a calidad educativa), constituyéndose en una propaganda gratuita para los colegios particulares, financiada con dineros de todos los chilenos, en lugar de invertir esos tiempos y esfuerzos en fortalecer nuestra malograda educación pública.

Es importante informar, transparentar, para apoyar el proceso de toma de decisiones de las familias, pero en el estado actual de nuestra educación no puede ello ser un foco.

Es importante también medir y comunicar los resultados de esas mediciones, pero tal como se han preguntado ya otros, ¿cuál es la ganancia - y para quién - de seguir diagnosticando al enfermo? Si no se toman medidas efectivas, si no ocurre algo distinto y eficaz entre una y otra medición no hay razón para esperar que los resultados mejoren. Ya sabemos que el enfermo está grave, y que la fiebre no baja por mucho medir con más frecuencia la temperatura. Más frecuencia y amplitud del Simce tampoco debería ser foco hoy, menos aún si reflota la idea de informar resultados por estudiante, como ya se había venido señalando. ¿A quién ayudaría esa medida? ¿Cómo aporta al mejoramiento de la calidad educativa? Ayudaría a ocupar más espacios en los avisos económicos con padres que ofrecen a sus hijos con buenos puntajes Simce al mejor 'colegio postor', o a abrir lucrativas oficinas de 'corretaje de estudiantes', o sería un buen filtro para llenar los cupos de los liceos 'de excelencia'. Ojalá estas sigan siendo caricaturas, porque la urgencia hoy es la formación, la docencia. Incentivos para que los mejores sean docentes y directivos, y eso implica estrictas regulaciones para una formación de calidad, y una carrera docente atractiva, en un contexto de efectiva valoración simbólica y económica de la profesión. Nada más. Ni nada menos.